

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas. Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

NÚM. 207.

Sevilla.—Martes 12 de Septiembre de 1899

AÑO XXIII.

SIN GOBIERNO

Francia se redimió inmediatamente después de Sedán porque un hombre enérgico, de firme y decidida voluntad, sacrificó su historia y sus ideales al servicio de la patria, poniéndose al frente del Gobierno republicano, él, que, opuestamente resuelto a la guerra con Prusia, en aquel último Parlamento del imperio se quedó solo, declarando con un valor heroico que la guerra sería un desastre para la Francia y una vergüenza para el ejército francés, que carecía de caudillos, de organización y de verdadera disciplina.

La profecía de Mr. Thiers se cumplió. El ejército francés huyó despavorido ante un grupo de hulanos, y su emperador, encarnación y verbo de aquellas legiones sin orden ni concierto, entregó su flamante espada al rey de Prusia para salvar su vida y garantizar la sucesión de su dinastía. Pero ni el emperador ni el rey contaron con que un pueblo como el pueblo francés no acepta el firmán imperial, producto de una vergüenza, y se alzó contra el imperio y contra el prusiano, y aunque tarde, demostró que sabía luchar por defender su honor, su hogar y sus intereses; y libre ya, con el gran Gambetta a la cabeza, organizó rápidamente la defensa y conuvo al prusiano. Era el pueblo ya el que combatía. No era el imperial poder que fué a la guerra por orgullo, creyendo empresa fácil ceñirse la corona del vencedor y dominar a Europa, como lo hiciera su tío el Grande.

Organizó el pueblo la defensa, hizo la paz y buscó al redentor donde se encontraba, atento sólo a la salvación de la Francia. Thiers era el único llamado a reparar el desastre, echando los cimientos para hacer una Francia nueva, digna y respetada; comenzando por ser justo y enérgico, atendiendo al cumplimiento severo de la ley, con profundo respeto al derecho de todos, constituyó un Gobierno fuerte, basado en las instituciones liberales y republicanas, informado en amplio espíritu de justicia y de igualdad en todos los órdenes, tan prudente en los progresos como inexorable con los excesos de los extremos de ambos lados.

Aquí hemos apurado mayores vergüenzas y más terribles descalabros que el de los franceses en Sedán. Hemos presenciado rendimientos de plazas que nuestros generales afirmaban un día eran inexpugnables; hemos perdido honor, territorio, crédito y vergüenza, y el imperio perduró, y las vergüenzas se suceden, sin que aparezca por ninguna parte el Thiers que haya de redimirnos, ni se vea la energía popular capaz de espontánea explosión que todo lo arrolle y lo destruya con su vigoroso impulso.

Tras vencimiento sin lucha ha venido la paz sin decoro.

Tras del Gobierno que nos deshonró ante el mundo, se han sucedido otros ministros del rey, que, ostentando el aparato título de regeneradores, ofrecieron halagos a regionalistas, transigieron con los neos, se apoyan en los jesuitas y en las comunidades religiosas, ofrecen transacciones a comerciantes e industriales, fraguan combinaciones en la sombra, hoy se apoyan en ciertos elementos para combatir a los contrarios, y al día siguiente utilizan a éstos contra aquéllos. Presentánnos unos presupuestos condenados por la nación en masa, y ofrecen rebajarlos. Ofrecen grandes economías en la campaña de verano, y transformaciones esenciales en los servicios públicos, y el resultado es una vergonzosa reforma en Estado y una polacada, de la que ha sido víctima el señor Zea Bermúdez.

Silvela parece, más que el presidente del Consejo, el abogado de un concursado, que se pasa el tiempo zurciendo la voluntad de los acreedores y haciendo ofrecimientos de un tanto por ciento más ó menos elevado, según la condición ó travesura del acreedor.

El Sagrado Corazón sirve de grito de guerra contra el régimen, y se expide una real orden autorizando esta ostentación guerrera. El Congreso de Burgos, club revolucionario que proclama en voz alta la destrucción de todo lo actual, es tolerado; y se le manda, además, un representante de gran cuenta para transigir con él.

Se arroja a los contribuyentes el guante, después de mil ofrecimientos que no se han cumplido.

Obispos, jesuitas y frailes viven a su antojo é imperan sin temor a ley, justicia ni Gobierno. Sólo ante el ciudadano, ante Juan Paga, ante el noble pueblo, el Gobierno se yergue y amenaza.

Los regeneradores son los grandes hipócritas, los modernos farsantes, los que transigen con el fuerte y se ensañan contra el débil; son el poder que no gobierna, el ministerio que no tiene fuerza para que impere la ley. El gran fantoche que, elevado a las alturas, quiere sólo sostenerse, dejando a cada cual que haga lo que le venga en ganas con tal que a él no le toquen.

El Sr. Durán y Bas amenazó en el Consejo último con algo muy grave en Cataluña si en un período breve no hace el Gobierno lo que él pretende—y sigue siendo ministro.—Todo está desquiciado, y ni hay autoridad, ni resortes de gobierno, ni Constitución, ni ley, ni nada más que la voluntad de los fuertes.

Murmuraciones

El general Martínez Campos ha tomado por su cuenta salvar el país a fuerza de conferencias políticas que nadie le interesa, pero que él buenamente se toma el trabajo de dar, convencido de que ni quita ni pone, y así entretiene el tiempo.

Se ha empeñado su merced, a fuerza de tanto dar en la herradura, acertar algún que otro golpe en el clavo, y con su duque de Tetuán a pleito, ilustre zángano político que tiene menos talento que Pozero el obispo de Córdoba, que es cuanto hay que decir, una se le va y otra se le viene, y no hay periódico que no nos traiga a diario con letras grandes: *Lo que ha dicho Martínez Campos*.

Bien es verdad que aquí les oímos como él que oye llover (al periódico y al Martínez); pero es fuerza protestar de ese chicharreo político casero que no tiene otro fin que seguir sosteniendo sobre el altar político monárquico esas efigies desprestigiadas que no han hecho ningún milagro, y que todavía se empeñan en seguir colocadas en la hornacina para que vayan a rendirle pleitesías los devotos.

Sigue la peste bubónica como los trigos, en calma, vendiéndose al mismo precio... ¡vamos, ni sube ni baja! Recurso muy apropiado para que la gente vaya acostumbrándose a todo lo que Polavieja haga, sin protestas y sin gritos, y sin ocuparse en nada. ¡Oportol... Bien haya Oporto, porque en estas circunstancias ha evitado con la peste otra peste de más fama: está que nos avergüenza por las calles y las plazas; por lo menos, las basuras se recogen... ¡y ya es gracia que las calles estén limpias, aunque no lo estén las casas!...

He oído decir que por el Cabildo de la Catedral de Sevilla se van a hacer rogativas para que el diestro Reverte sane de la cogida que ha sufrido en Bayona, visto el grandioso interés que la prensa de la Corte ha demostrado, y viene demostrando, en asunto de tanta entidad para el porvenir de España.

Por su parte el diestro alcalaíno se comprometerá—si sana con las rogativas—a imponer en la Caja de Patronos de dicho Cabildo la cantidad que falta por ingresar aún de los dos millones que de ella fueron sustraídos para matitar profanamente a beneficio de los señores claveros.

Por cierto que ninguno de ellos ha ido a presidio, ni siquiera a la prevención.

Sino que siguen tan campechanos consagrando a Dios con las mismas pecadoras manos con que consagraron los dos millones de marra al tanto por ciento, de interés.

Le han dado un rico banquete a Polavieja en Gijón... ¡Ya sabe el buen don Camilo aprovechar la ocasión! Del discurso pronunciado ni una palabra se sabe, aunque su gente asegura que habló bien del arquitrabel.

Oigamos lo que se le ocurre a un colega acerca de nuestra triste situación:

«Para los españoles hace mucho tiempo que las Cortes no existen. Aquí no hay más que gobierno y pueblo. Se obstina el gobierno en cobrar unas contribuciones que el pueblo no puede, ni debe pagar, porque no son justas, ni equitativas, ni tolerables, y el pueblo, en vez de correr a las barricadas, como en otros tiempos, ó de contestar a la agresión con bombas de dinamita, con arreglo a la última moda, se limita a la pacífica actitud del deudor que no encuentra modo de pagar su deuda.»

Actitud digna de alabanza.

«Para que quiere usted que el pueblo vaya a las barricadas?»

«Para que se luzcan nuestros héroes disparando todos los cañones y fusiles que permanecieron mudos antes los yanquis?»

«Para que por cada barricada que se levante nos hagan un nuevo general?»

Y sigue el colega escribiendo:

«La resistencia al pago de las contribuciones señala un progreso notable en nuestras costumbres políticas. Nosotros, revolucionarios impenitentes, encontramos femenino, débil y que indica decadencia de espíritu, impotencia social, eso de negarse al pago de los tributos, dejándose embargar como corderos, cuando lo natural y lógico era que nunca como ahora se proclamase el derecho de insurrección.»

«Acaso no lo hemos proclamado?»

«Quiere usted más insurrección que decirle al casero al fin de mes:—¡Amigo, no hay un cuarto, ni esperanzas!»

«O cree usted que la insurrección consiste en disparar tiros al aire para que asciendan otra vez a Primo de Rivera, por ejemplo?»

D. Víctor Concas, uno de los jefes de la esquadra que en Santiago de Cuba sacó incólume el honor embarrancando a toda máquina, está escribiendo un libro de *aquello*.

«¿Cómo es eso?»

«Pues no dijo su señoría, al desembarcar en Barcelona, que no tuvo arte ni parte en la varadura, porque, apenas comenzó la batalla, fué herido, y de nada se enteró?»

¡Vaya, rayal!

D. Víctor, por muy bien que quiera usted dorar la píldora, crea firmemente que no se la traiga nadie.

Todos los españoles sabemos que en Santiago de Cuba no se podía vencer, pero... creíamos buenamente que se podía morir.

Y nos equivocamos... con ustedes.

Porque con Lagaza no nos equivocamos. ¡Aquél ilustre marino cumplió con su obligación!

Señores, ¡qué bueno viene hoy *El País*!

Le dedica un artículo entero al magistral de nuestra basílica, Sr. Roca y Ponsa, una especie de andarríos con sotana que anda por Sevilla predicando sermones ¡que tienen que leer! y escribiendo folletos ¡que tienen que leer! y poniendo en ridículo al virtuoso Spínola, ¡que da que reír!

El articulista comienza por decirle que está en camino de hacerse personaje, y se lo dice con estas frases gráficas y... evangélicas:

«Otros más brutos que tú lo han sido a menos coste.»

Porque, ven acá, temonono y saleroso magistral, que vales más pesetas que una y griega barcelonesa de las pingües; ven acá y en confianza reconoce que te estás comprometiendo como un bestia, y si el juego te sale mal, en vez de la mitra enorme con que sueñas, enorme, decimos, si ha de entrar en esa tu cabeza como bola de puente, vas a encontrarte con un disgusto morrocotudo; y este adjetivo no alude a los respetables morros que te admira toda Sevilla.»

Y así, por ese orden, es todo el artículo; artículo que no transcribo porque no me gusta hacer daño con boca ajena, cuando yo la mía la tengo muy bien afilada.

Pero... como me regocijan tanto estas cosas, no puedo por menos que demostrar mi satisfacción.

Pues... ¡y esto que le dice después!:

«Tú, forastero en Sevilla, ambicioso y falto de escrúpulos, al fin manejas, aunque mal, la péñola, y *diqueas* algo de política, si no es muy fina; porque lo que es burdo lo fuiste siempre, y ahí está para decirlo tu cara tan semejante a la de un cabezudo zaragozano.»

Bueno, te metes en harina, figuras como carca, te relaciones con los Benjumeas, que, aunque tacaños, son ricos é influyentes; cabideas con Nocedal, también rico y tacaño, pero temible aún en su decadencia, como el Cid después de muerto; haces que te crean autor de las *Observaciones*, obra imposible, mala y todo, para tu caletre; los carcas, los miserables nocedalinos y los polaviejistas te jalean; los conservadores y las conservadoras te guñan el ojo; los estetas, ahí tan poderosos, transigen contigo, y cádate hecho una potencia, un magistral que se hom-

brea con el Primado, el Nuncio y Rampolla, teniendo en jaque al Palacio de Oriente. ¡Ahí es nadal!»

Y... ¡así está todo el artículo!

Ya comienzas a subir, Roca y Ponsa... ¡te haces hombre, porque ya rueda tu nombre allende el Guadalquivir!

Cada cual a su manera busca notabilidad: tú con tu barbaridad vas en la fila primera.

CARRASQUILLA.

Los hijos de Dreyfus

«Se puede hablar de ellos sin despertar el rencor ni atraer sobre sus cabezas un chaparrón de ultrajes? ¡Sí! Es imposible que no hubiera quedado un poco de piedad para estos corazones que viven hace ya tanto tiempo en el más piadoso de los engaños.»

Cuando la otra mañana, y durante el interrogatorio sin fin que toda la Francia sigue frase a frase, el capitán Dreyfus exclamó: «¡He sufrido un suplicio tan largo por mi mujer y mis hijos! Sólo su pensamiento me hace vivir, mi coronel,» un estremecimiento profundo se oyó en la sala del Consejo. Los impasibles sintieron como un estremecimiento en la nuca, y los malvados cesaron un momento de sonreír.

Sabemos dónde se oculta en este momento la mujer admirable que lleva ya cinco años sufriendo al Calvario. En una casa de Rennes, que la curiosidad de los *reporters* respeta y los insultos de los adversarios no se atreven a conturbar, madame Dreyfus espera un veredicto de justicia y de verdad. Llora, pero no pierde la confianza.

¿Y los niños? Es menester contar su historia a ver si llega a conmovier las almas de roca y brota de ellas alguna florecilla de piedad.

Son dos: el uno se llama Pedro, y camina hacia los ocho años de edad; el otro se llama Juan, y la próxima primavera hará sonreír seis Abriles en sus ojos azules.

Pedro se parece mucho a su tío, cuya voluntad y firmeza de carácter revela ya. Juan es un vivo retrato del capitán, y se adivina la misma nerviosidad que el padre en sus exquisitas picardías, en sus caprichos de niño adorado y mimoso.

Estos pequeños seres crecen en la mayor ignorancia de su desgracia. El amor maternal se interpone constantemente entre ellos y los ruidos de la calle, cerrando todas las puertas a los abominables rumores. La ingenuidad florece en su inconsciencia. Cuando ven la suntuosa de mamá velada por lágrimas, Pedrito y Juanito no preguntan la causa. Y aunque el primero ya sabe leer, no es en los periódicos donde ha aprendido las primeras letras, sino en un hermoso abecedario que les regalaron sus abuelos.

La tristeza ha convertido la casa en una prisión tan dulce, que ni siquiera echan de menos el colegio en que trabaja y se divierte una alegre caterva. Mamá reemplaza a todos sus camaradas; con ella van a paseo todos los días; ella los cuenta graciosos cuentecitos, entre suspiros, que a veces no puede disimular; ella es, en fin, la que guía el dedito de Juan sobre el grueso alfabeto, y la que corrige los deberes de Pedro en un cuaderno embadurnado de tinta y pintarrajeado de figuras ingenuas y de patitos.

Hace ya mucho tiempo de esto. Un día que papá no volvió a casa, Pedro se puso a llorar al ver la plaza desierta. Era muy pequeño. Mamá, con los ojos enrojecidos, le besaba en la boca, contándole no sé qué historia para calmarle.

Dijole que le había llanado con urgencia el ministro para darle una orden, y el capitán había partido a lejanos países, donde tenía que desempeñar una misión difícil. La generosa mentira se cernió de mil modos. Si habiendo tantos oficiales fué elegido papá, es porque era el más sabio; pronto lo volvería a ver con un galón más de oro y una gran cruz de honor sobre el pecho.

Pedro abrió sus grandes ojitos ante esta interesante impostura, y no volvieron a asomarle las lágrimas. ¡Quién sabe si soñaría en palpitanes aventuras, que después le contaría papá a su regreso, sentándole en las rodillas! También le traería juguetes más bonitos que los de París.

Como Juan no comprendía aún el sentido de las palabras y de las cosas, reía de ver reír a su hermanito. Y mamá besaba aquellas dos cabezitas calmadas y rubias, para poder volver la suya y entregarse al llanto.

Así pasaron muchos meses, durante los cuales la engañosa serenidad maternal caía alguna vez en la realidad. Pedrito no dejaba de hablar de la ausencia, y su curiosidad era cada vez más impaciente y viva. También Juanito comenzaba a interesarse por el viajero que debía traer tan-

Sr. D. Aureliano Albert. Conde de Aranda núm. 7.

Stampa

tas cosas a los pequeños y tardaba tanto en volver.

Bajo las ventanas mismas donde estos inocentes vivían, iba forjándose la vergüenza y la asoladora maldad. Para impedir que llegaran hasta ellos los rumores de la calle, madame Dreyfus tuvo que alejarse de aquella querida casa, buscando un rincón en los suburbios de París, abrigo contra la amenazadora injuria, bajo el cual, Pedro y Juan esperan todavía el regreso del capitán.

Más como nadie impide gritar a los pregoneros de periódicos en París, un día llegó a oídos de los niños que se voceaba la entrada de Dreyfus en Francia, y fué menester inventar nuevos engaños que permitieran a la madre ir a juntarse al desterrado.

¡Cuánta querida astucia fué preciso emplear! Ya no podía ser orden del ministro la que al capitán alejaba de su casa; era una cosa mucho más grave.

Antes de venir a abrazar a su querido Pedrito y a su querido Juan, papá tenía que hacer un largo informe. Como toda misión oficial se consigna después de un escrito larguísimo, de muchas páginas, en cuanto el capitán desembarcó tuvo que empezar su obra a toda prisa en la primera población que halló al paso. Si madame Dreyfus salía a su encuentro, era porque la salud del capitán se había resentido en un viaje tan largo y era menester cuidarlo mucho.

Todavía dieron crédito los pequeños a esta fábula; se calmaron poco a poco sus impacencias.

Durante dos meses han estado llegando, todas las mañanas, cartitas de Rennes, impregnadas de caricias, que se leían bajo los árboles de la pequeña casita. Pedro, que ya escribe correctamente, era el encargado de contestar con deliciosas hablurías. Se permitía reñir a papá por tardar tanto; le preguntaba por las cosas extraordinarias que había visto en tan lejanos países; encontraba demasiado pesado ese largo informe que hacía para el ministro de la Guerra. Estas cartas, que madame Dreyfus llevaba diariamente a su marido para leerlas juntos, eran el único rayo de sol que entraba en las prisiones.

A buen seguro que todas las mañanas, al ir al Consejo de guerra, Dreyfus escondería en un bolsillo de la guerrera, junto al corazón, el pliego cruzado de garabatos que le comunicaba tanta fortaleza.

Cuando se demudaba ante la aborrecible mirada de un testigo ó estaba a punto de perder el valor delante de acusaciones implacables, no hay duda que pensaría en los dulces reproches del pedazo de papel escondido junto al corazón. Y la visión de aquellas dos queridas cabecitas le devolvería mayor ánimo y firmeza.

Pedrito ha llegado a enfadarse formalmente, y en una carta, llegada a casa de madame Goudard, anunciaba amargamente que Juanito y él perdían lastimosamente el tiempo esperando. «¿Cómo se explica—escribía Pedro—que después de tan larga ausencia no hubiera pedido papá un permiso de cuarenta y ocho horas para venir a París? Parecía la cosa más inverosímil que un ministro rehusara tan mínimo favor a un oficial que tan bien cumplía con su deber.

¿Creéis que es fácil inventar otro conmovedor engaño que llegue a dominar la resistencia a creer en el retraso de la llegada? Hay que mantener estas dos caras ignorancias que se van disipando de día en día, y permitidme creer que el Consejo de guerra contestará debidamente a la última carta de Pedro, decidiéndose a llevar un poco de amor y de alegría a estas dos almitas inquietas y faltas de caricias.

Acaso los siete oficiales que desde hace tres semanas se inclinan al misterio de este afrentoso asunto, sean unos incorregibles solteros.

Más ¿qué importa? Todavía se esconderá un poco de humanidad bajo el uniforme; y cuando llegue el momento de responder en conciencia al polvo de la acusación, bien puede ser que influyan en la decisión los lejanos lamentos de estos dos angelitos.

CH. SIMPLET.

(De *Le Figaro*.)

(N. DE LA R.) Traducimos este hermoso artículo, porque es una palpación generosa de sentimentalismo; una lágrima que, si no ha conmovido a los jueces del Consejo de guerra, demuestra, por lo menos, que el corazón de la República es cosa distinta de la ferocidad del populacho que apedrea a la desgracia, alentado por el deshonor del uniforme.

CONTRASTES QUE SE DEBEN MEDITAR

Caigan sobre mí y los míos, hasta la séptima generación, los anatemas de los *taurófilos*.

Arrostrando las iras de más de media España pondré un parangón que, ciertamente, no será muy halagüeño para los aspirantes a la regeneración, pero que, tengo la presunción de creerlo así, servirá de enseñanza a muchos y de desengaño a otros.

Reverte, el hoy célebre matador de toros, está siendo el objeto de la atención de millones de españoles; los *reporters* están que se las pelan para averiguar lo que dice el diestro. Cuando lo logran, recogen sus palabras, aun las más triviales, con el mismo afán que si fuesen perlas de gran precio; gracias a ellos sabemos que toma leche, Borgoña, Jerez. También les tenemos que agradecer el saber que un pellizco en el pie hizo exclamar al hombre del día: ¡Gracias a Dios que renace la sangre toreral!—En fin, sabemos que la familia y los amigos de Reverte

están rebosando de alegría. Renacen las esperanzas.

¿Quién le había de decir al peón de campo que un día se gastarían, sin sentir, las empresas periodísticas, miles de duros en telegramas, para enterar a millones de españoles y de extranjeros del estado de uno de sus miembros, herido al ganar 6,000 francos, mientras allá en Filipinas mueren a centenares los mártires de la causa patria, sin esperanzas de que renazca su sangre hidalga, por no haber allí doctores Bravo é Isla para cuidarlos?

¡Pobres toreros, no os hagais la vanidosa ilusión de que es el hombre que se quiere salvar, cuando se os practican operaciones quirúrgicas permitidas sólo a los potentados del dios orol Nô, no es al hombre, es al torero y nada más que al torero; si así no fuera, ya estarían redimidos los cautivos de Filipinas, ya estarían recompensados los héroes de Baler, porque esos han vertido su generosa sangre por su país, han sufrido todas las humillaciones sin más objeto que el de conservar incólume el honor de su bagadera, sin más retribución que el olvido de sus conciudadanos.

Pululan por toda la península miles de repatriados vomitados por los trasatlánticos de Comillas, los unos tísicos, otros mancos, otros cojos y los demás envenenada la sangre por el virus del paludismo, inútiles para el trabajo; estos ¡ay! no han despertado tanto interés como la cogida del diestro de Alcalá.

¡Nos vamos regenerando!

Muchos toros, muchos corazones de Jesús, mucho carlismo, mucho Spínola y... a vivir.

Se mueren de hambre literatos de valía, el magisterio rabia, las fábricas se cierran, la reacción crece, la inmoralidad domina, la prostitución está en auge, el portugués insulta al ya in defenso león ibero, el carlismo se enseñorea, y nosotros... tan frescos. Con que, señores, ¡a los toros!

A. V. C.

De actualidad

LA CONDENA DE DREYFUS

París.—Los comerciantes opinan que debe indultarse a Dreyfus, pues de lo contrario se comprometerá el éxito de la próxima Exposición.

UNA INSTANCIA

Rennes.—Los jueces del Consejo de guerra que ha condenado a Dreyfus redactarán una instancia, que dirigirá al presidente de la República, Mr. Loubet, pidiendo que se exima a Dreyfus de una nueva degradación. Supónese que Loubet accederá.

RECURSO DE REVISIÓN

Se ha presentado al ministro de la Guerra recurso de revisión por quebrantamiento de forma.

El tribunal, que lo compondrán cinco jueces militares, se constituirá en París.

Dreyfus no asistirá; se quedará en Rennes.

LA PRENSA REVISIONISTA

La prensa revisionista anuncia su resolución de continuar la campaña a favor de Dreyfus.

La apelación de la sentencia se verá antes de la segunda decena de Octubre.

LOS YANKÉES Y DREYFUS

Nueva York.—El senador Erewart dice que la sentencia de Dreyfus es propia de un pueblo salvaje.

El almirante Schley llega a decir que el veredicto del consejo de guerra es tan idiota como deshonoroso.

La prensa tampoco queda atrás en sus censuras.

El *Morning Post* califica la sentencia de infame.

El *Record* dice que es Francia la que se ha condenado a sí propia.

El alcalde de Nueva York también se ha permitido opinar y afirma que la sentencia de Dreyfus es la ruina de la Exposición de 1900.

MALAS IMPRESIONES

Bruselas.—Algunos periódicos publican con orla de luto por la sentencia de Dreyfus.

—La prensa italiana proclama la inocencia del capitán judío.

—El *Wekly* inglés dice que los jueces de Dreyfus se han puesto a más bajo nivel que los presidiarios.

EL PROCESO DE CAVITE

El proceso de Cavite lo encabeza el parte del contralmirante Sr. Montojo, dando cuenta al Gobierno de las operaciones de la escuadra desde el mes antes de que se declarara la guerra.

Dicho parte consigna cuanto se refiere a los preparativos, avisos y precauciones, censurando al Gobierno que hizo creer que en Filipinas no estallaría la guerra.

Siguen las peticiones de recursos, consignándose que los sesenta torpederos que se mandaron se hizo con tal retraso, que no pudieron pasar de Aden.

En todo el archipiélago solo se disponía de

cinco torpedos útiles, siendo imposible cerrar los puertos.

Consigna que los cañones que se enviaron desde Manila a Subic faltó tiempo para montarlos por la rapidez con que se presentó el enemigo.

El Sr. Montojo dice que, visto no podía contar con la protección de Subic, marchó a Cavite buscando allí la defensa en la batería de Kanacao, que se componía de dos cañones.

Las declaraciones de los testigos consignan la sorpresa que produjo la llegada del almirante Dewey.

Continúa el dictamen del fiscal haciendo la relación del combate y elogiando el acierto y valor de Montojo.

Destruída la escuadra marchó el Sr. Montojo a Manila a conferenciar con el Gobernador general.

Esto lo censura el fiscal, estimando no debió salir de Cavite.

Sigue la relación de los sucesos hasta la rendición de Cavite, autorizada por el Gobernador de Filipinas.

Mientras el enemigo atacaba el arsenal, Montojo estaba en Manila.

Esto sirve de fundamento al fiscal para pedir contra Montojo la pena de reclusión perpetua.

El comandante del arsenal, Sr. Sostoa, al entender del fiscal, cumplió con su deber, y por esto pide para él la absolución.

Consta la causa de 1,500 folios.

Se espera que ha de llamar la atención.

RUMORES DE CRISIS

Los comentaristas de la crisis relacionan el viaje reciente del director de *El Imparcial* a Cestona con soluciones políticas para lo porvenir.

Admiten la posibilidad de que dicho periodista se encargue de la cartera de Fomento.

Respecto de las declaraciones del general Martínez Campos, cree el ministro de la Gobernación que se ha interpretado mal.

El general—ha dicho el señor Dato—es un correcto ministerial.

Así lo considera Silvela después de haberle hablado cuando se dirigía a Cestona.

LA PESTE BUBÓNICA

Oporto.—Ayer ocurrieron dos fallecimientos.

Los médicos españoles confirman que fue ron de peste.

En opinión de los médicos franceses, la peste subsistirá en Oporto meses, y acaso años.

Si la epidemia pasa a Europa—añaden—sólo se cebará en las localidades antihigiénicas.

Se debe considerar la peste como una enfermedad infecciosa, que sólo se propaga por la suciedad y la miseria.

INVASION DE MOSCONES

Oporto.—Se observa que las calles céntricas están invadidas de moscones pequeños, con el cuerpo rojo y las alas blancas.

LO QUE DEBE HACERSE

En opinión de muchos médicos, en vez de haber gastado considerables sumas en el acondicionamiento, se debió organizar un buen servicio de desinfección y destruir los barrios insanos de la población.

LOS SOLDADOS DEL CORDON

Los soldados del cordón sanitario sufren grandes molestias.

Se teme que tomen incremento las enfermedades.

Algunos de los españoles que están en Oporto pretenden quedarse allí y que el Gobierno les siga enviando socorros.

Se le ha negado lo que querían.

Se espera el transporte de guerra *General Valdés*, que se llevará 800 españoles.

Los doctores Ferrán, Viñas y Grau, han sido comisionados para hacer la desinfección.

REVERTE

Bayona.—Celebrada la consulta de médicos anunciada para enjuiciar acerca del estado del diestro alcañareño, han coincidido los optimismos absteniéndose de hacer afirmaciones categóricas.

Es evidente que la circulación continúa aunque lenta.

El caso de Reverte es muy discutido por los médicos que a la sazón residen en San Sebastián.

Muchos temen que en el caso de salvarse la pierna quede atrofiada por insuficiencia del riesgo sanguíneo.

Otros hablan del peligro constante que representa la embolia que obstruye la arteria femoral.

No obstante, los amigos y los médicos insisten en los optimismos, incluso el doctor Bravo, que siempre fué pesimista.

Agua de mar

Diez días de navegación se llevaban a bordo del *Efigenia*, sin que la tripulación sintiera el menor síntoma de ese aburrimiento peculiar de las travesías largas.

Apesar de que al vapor le había ocurrido una gran avería en la máquina, retardando su arribo a Puerto Rico, la tripulación y los pasajeros distraíanse de todos los modos imaginables para no ser presa del *spleen* de alta mar; parecía que no hubieran sentido el llegar nunca.

El único que no participaba de la general

alegría era el capitán. Desde la salida de Las Palmas de Gran Canaria no se le había visto más que una vez, y en el castillo de proa, desafiando una turbonada, con los ojos resplandecientes de cólera y maldiciente como un lobo de mar; después se encerró en su camarote, y ni siquiera presidió la mesa de primera.

Más tarde, y pretextando estar enfermo, dejó el mando del buque a cargo del segundo de a bordo.

En efecto, estaba enfermo de celos, amor y desesperación. Mientras que todo el mundo admiraba a bordo la belleza de la *Efigencia*, de aquel angel que amenizaba el viaje, ya con ciertos al piano, ya con bailes, ya con su palabra seductora, él sufría: recordaba que había sido despreciado y que, para que apurara el cáliz de la amargura, en el buque que con su nombre le recordaba el de la desdenosa, la conducía feliz, recién casada por poder en la península, y la llevaba para que pudiera encontrar a su esposo en la Habana.

El marido no quiso verla, ni quiso que le reconociera, aunque era imposible hacerlo; su rostro estaba transformado y curtido por los aires marítimos y envejecido por los sufrimientos.

Por eso se encerró, no permitiendo entrar en su litera más que a su fiel camarero Tomás, que era el único que comprendía la tristeza de su amo.

Agonizaba; una pulmonía concluía con la existencia de aquel ser tan hermoso.

La caprichosa *Efigencia*, al salir de la máquina que se empeñó en visitar, había cogido un aire que en aquellos instantes la conducía al sepulcro.

Por fin la muerte se cebó en aquella preciosa niña; el objeto de la pasión del marino murió, no restando más que darle sepultura en el piélago profundo.

Aquellos mismos pasajeros que antes admiraron a la difunta, llenos de pena se encontraban sobre cubierta, esperando verla desaparecer envuelta en sudario en las olas del mar.

El capitán se personó para presenciar el acto.

Tomás le había comunicado la triste nueva; estaba lívido y llevaba en su gorra un crespon de luto; le seguían su camarero y el capellán.

Por fin llegó el fúnebre momento. El capitán no habló; con una ligera seña indicó se lanzara al mar el cadáver, que cayó por la borda, produciendo tétrico sonido al sumergirse y salpicando de agua el casco.

Entonces se descubrió respetuosamente el marino y una lágrima se deslizo por su rostro.

—¿Lloráis, capitán?—díjole el capellán de a bordo.

El interpelado se cubrió, pasando por sus ojos la manga galoneada de su uniforme, y contestó con rabia:

—¿Llorar yo? ¿Podemos llorar acaso los marinos? Oye, Tomás, tráeme un pañuelo para limpiarme—dijo a su camarero, que le entregó el suyo.

Y secándose con él, exclamó dirigiéndose al capellán:

—*Esto es agua de mar.*

PEDRO T. DE MIRANDA.

Noticias locales

EL GOBERNADOR DE CÓRDOBA

Por referirse a un hijo de Sevilla reproducimos algunos de los muchos elogios que la prensa de todos los matices dedica al gobernador civil de Córdoba, D. Manuel Monti, por la campaña emprendida por éste contra determinadas publicaciones que con sus escritos faltos de cultura, en los que se empleaba un lenguaje más que chavacano indecente, tenían perturbada la tranquilidad pública y daban un espectáculo poco edificante.

Ante la resuelta actitud del Sr. Monti, las principales entidades y muchas personas distinguidas por su honradez y caballerosidad, han acudido al ministro de la Gobernación pidiéndole que aliente a aquél en su campaña; y ya es sabido que el Sr. Dato ha reiterado su absoluta confianza a la dignísima autoridad que le representa en Córdoba.

Entre otros muchos mensajes de felicitación, ha recibido el Sr. Monti el que a continuación copiamos:

«*Cámara Oficial de Comercio é Industria de Córdoba.*

La satisfacción con que esta junta ha visto desaparecer de la publicidad los periódicos que en días pasados, con lenguaje harto indecoroso y lleno de infuças insinuaciones, habían llegado a constituir perpetuo escándalo, indigno de una sociedad culta y una situación de malear intolérable para todo el mundo en esta capital, ha motivado el acuerdo tomado en la última sesión de significar a V. S. las gracias y felicitarlo por el resultado conseguido en bien de la cultura de este pueblo.

Cree, en efecto, esta junta que a las disposiciones de la autoridad gubernativa es debido seguramente este resultado, y como dentro de